CAPÍTULO VIII.

DIANA.

Diana ó Artemis Febea.—La casta Diana.—Diana é Hipólito.—Himno á Diana.—Diana y Acteon.—Las flechas de Diana.—Diana, divinidad de la naturaleza agreste.—Diana cazadora.—Diana *Hymnia*.—La triple Hecate.—Su culto.—Britomartis.—Artemis *Brauronia*.—Diana de Éfeso.—Su suntuoso templo.—Erostrato.—Las Amazonas.—Sus combates.—Su vencimiento.—Artemis de Pirga.—Artemis pérsica.—La Diana del Lacio.—Templo del monte Aventino.—Diana *Victrix*.—Fiestas en honor de Diana.—En Delfos, en Atenas, en Esparta, en Patras, en Roma.—Representaciones de la Artemis helénica.

Diana (en Grecia Artemis), hija de Zeus y Latona, hermana de Apolo y nacida al mismo tiempo que él en la isla de Delos, participa de la naturaleza de su hermano, de quien es en cierto modo la forma femenina. Como él está en relacion con la luz celeste, y los más antiguos textos la designan como la diosa del dorado trono, como la divinidad del cetro de oro. Del mismo modo que á Apolo se le llamó Febo (el brillante) era Artemis *Febea* (la brillante), y así como fué aquel dios una divinidad solar, será su hermana ante todo una deidad lunar. De Apolo hemos dicho haberse confundido con el sol; la casta Diana será á su vez confundida con la luna. Al igual que su hermano va armada de arco y carcaj, y se complace en disparar sus flechas. Diosa de la etérea luz,

Fig. 107.—Diana. (Medalla antigua).

es tenida por inmaculada vírgen que jamas conoció las ansias del amor ni los goces del himeneo. Suponía la fábula que, nacida pocos momentos ántes que Apolo, habia presenciado los dolores y padecimientos de Latona, y que esto le inspiró tal horror por el matrimonio y compasion tal por las mujeres en el trance de ser madres, que imploró de Júpiter el don de perpétua virginidad y la facul-

Fig. 108.—Diana. (Busto antiguo).

tad de favorecer los alumbramientos difíciles. La castidad era, en efecto, el carácter esencial de Artemis, é imponíase á los sacerdotes y á las sacerdotisas á su culto destinados. Consagrábansele prados en cuya hierba no se hubiese jamas apacentado rebaño alguno, ni hubiese

sido segado por la hoz; las silvestres flores con que los matizaban las auras primaverales eran como emblema de la pureza de su alma virginal. Los donceles y las doncellas que conservaban su inocencia podian contar con el amor de Diana y con su proteccion poderosa, y así lo expresa la bella leyenda de Hipólito, hijo de Teseo, que Eurípides nos ha transmitido y que en su lugar referirémos. No había beldad terrena que acertara á tocar el corazon del casto mancebo, lleno todo él de respetuoso amor hacia la divinidad que le amparaba; como ella no conocía otra vida que la agreste entre selvas y montañas, y al regresar de la caza prosternábase ante su imágen para ofrecerla una corona tejida con las flores de la sagrada pradera. Insensible á las seducciones y á los ruegos de Fedra, pereció víctima de su castidad; mas al morir consolóle la diosa y suavizó la amargura de aquellos instantes anunciándole los honores que habían de eternizar la memoria de su virtud. La severidad de sus costumbres, su inocencia, su altivo pudor, no podían quedar sin recompensa; en Trezeno recibió los honores divinos y

Fig. 109.—Diana. (Estatua antigua. Museo del Louvre).

durante largos siglos las doncellas, llegado el dia de la boda, cortarán la cabellera en honra suya, le ofrecerán el tributo de sus lágrimas, y será su desventura inagotable asunto de lastimosas endechas.

«Cantemos á Diana, dice un antiguo himno; (¡infelices los poetas que la olvidan!) Cantemos á la diosa que se complace en jugar el arco, en perseguir á los gamos y en presidir danzas y coros en la cumbre de las sierras. Celebremos la memoria del dia en que Diana, niña aún, sentada en las rodillas de Júpiter, le decia con voz suplicante: —¡Padre mio! faculta á tu hija para permanecer siempre vírgen; como á Febo dame un arco y voladoras flechas fabricadas por los Cíclopes, y forma mi séquito con sesenta hijas del Oceano que no hayan llegado á la edad de ceñir cinturon. Dispon que otras veinte ninfas se empleen en mi servicio durante las horas en que deje de correr en pos de la caza, y cuiden de mis borceguíes y de mis leales sabuesos. Cédeme los riscos

y los montes; en ellos viviré, y únicamente habré de penetrar en las ciudades cuando una mujer invoque mi auxilio en los dolores del parto.» (Calímaco).

Y en efecto, otorgadas que le fueron por el padre de los dioses sus demandas, quedó siendo Diana la diosa de la caza y de las selvas, y acompañada de su animal favorito, la corza Cerinea, la de dorados cuernos, á la cabeza de sus ninfas, rodeada de su jauría bulliciosa, gozóse en divagar por las agrestes soledades, ora persiguiendo al ciervo ó al javalí, ora dada con sus compañeras á alegres danzas ó á bélicos juegos, ora honesta y recatada bañándose en los cristalinos rios de la Arcadia.

Fig. 110.—Diana y sus ninfas. (Cuadro del Dominiquino).

¡Ay del mortal á quien su mala suerte guiara entónces á aquellos lugares y contemplara sin velo la radiante belleza de la hija de Latona! Acteon, nacido de la union de Aristeo y Autonoe, hija de Cadmo, intrépido cazador, como educado que había sido por el centauro Chiron, llegó, llevado por los azares de la caza, al valle de Gargafia, sombreado por pinos y cipreses, lugar que colocaba la tradicion bajo la proteccion especial

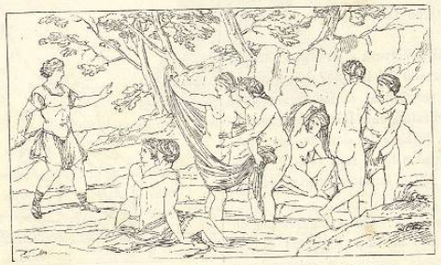

Fig. 111.—Diana sorprendida por Acteon. (Cuadro de Lesueur).

de Diana. «Abríase en el fondo del valle oscura cueva en la que dijérase que naturaleza había querido sobrepujar al arte en la distribucion de la piedra pómez con que estaba aquella revestida; á la derecha las claras aguas de la fuente de Partenios corrían entre verdes y floridas riberas, y en su puro cristal solía Diana bañar sus

castos hechizos para arrojar léjos de sí el cansancio de la caza. Allí llega la diosa, y á la ninfa que cuida de sus armas le entrega el venablo, el carcaj y el desarmado arco; recibe otra el vestido que la diosa se ha quitado, y otras dos desatan sus sandalias, al tiempo que la ninfa Crocalé le recoge y toca la suelta cabellera.

«Dirígese la diosa al baño, y en el mismo instante Acteon, separado de sus compañeros, dirige sus pasos hacia la frondosa arboleda y llega muy cerca de la ignorada cueva. Al ver las ninfas á un hombre, hacen resonar los montes con sus gritos, y rodeando á Diana formanle con sus cuerpos un muro; mas el arrogante busto de la diosa sobresalia entre todas. Del mismo modo que una nube herida por los rayos del sol adquiere purpúreos matices, ó que toma la frente de Aurora sonrosado color, así encendió el rubor las mejillas de Diana. En medio del círculo de sus compañeras se inclina procurando ocultar el rostro; y sin flechas que disparar, arroja el agua que con la mano recogiera al rostro de aquel que la ultrajaba.—Sí, temerario, me has visto sin velo,—dijo la diosa al sacudir el agua vengadora; no has de poder referirlo á otro mortal!—Y á estas palabras

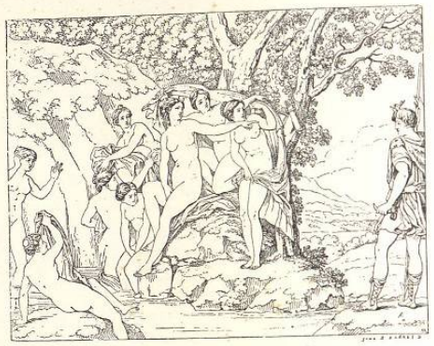

Fig. 112. — Diana y Acteon. (Cuadro de Albano).

asoma en la frente de Acteon la cornamenta de un ciervo, su cuello se alarga, sus orejas se adelgazan, desaparecen sus manos y cúbrese de pelo su cuerpo. Impera ademas el miedo en su corazon; el hijo de Aristeo emprende la fuga, y él mismo se sorprende de su rápida carrera. En el espejo de una fuente ve reflejada su cornamenta, y al querer exclamar: «¡Infeliz de mí!» mueren en sus labios las palabras, miéntras abundantes lágrimas surcan su nuevo semblante. Su antiguo instinto es lo único que conserva.

«¿Qué partido tomará? ¿Volverá á su regia mansion ó se ocultará en lo más cerrado del bosque? Miéntras así vacila entre el temor y la vergüenza, divísanle sus propios perros... Melampo y el inteligente Ichnobates, venido el uno de Grecia y el otro de Esparta, dan con sus ladridos la primera señal. Acuden todos más veloces que el viento, y hambrientos de botin lánzanse contra él por entre breñas y escarpados riscos.

«Huye Acteon por aquellos mismos lugares por do tantas veces corriera en pos de las fugitivas fieras; síguele la jauría de cincuenta perros con estruendosos ladridos, y Melanchetes y Teridamas que habían atravesado el monte por áspero atajo son los primeros que le alcanzan y con su embestida le detienen. Llegan á poco los demas, y caen sobre él y le cubren de heridas. El infeliz suspira y gime; sus acentos, si no son humanos, tampoco podría un ciervo proferirlos, y con sus quejidos

Fig. 113. — Acteon devorado por sus perros. (Estatua antigua del Museo Británico).

lastimeros llena los valles y cañadas que tan familiares le eran. Sus rodillas se doblan, y en actitud suplicante,

á falta de brazos que tender, dirige á su alrededor sus doloridas miradas. Sus compañeros, sin reconocerle, azuzan contra él á la jauría furiosa, miéntras algunos llaman á voces á Acteon para que acuda á presenciar el remate de la fiera. Por fin cae al impulso de los canes que, ciegos de furor le despedazan, y dícese que sólo exhalando su vida por cien abiertas heridas, logró calmar el terrible enojo de Diana.» (Ovidio).

Otra explicacion se daba del triste fin de Acteon, á quien suponen algunos autores hijo del Tebano Cadmo; decíase que despues de haber suspendido sus trofeos en el templo de Artemis, había despertado la ira de la diosa

Fig. 114.—Diana de Gabies. (Estatua antigua. Museo del Louvre).

ya declarándole su amorosa pasion, ya abrigando la audacia de querer aventajarla en el arte de la caza.

Diana, vírgen pura entre todas, era hermosa cual ninguna, y á ella, celestial modelo, compara el poeta las mujeres más famosas por su belleza, tales como Penélope y Elena. Las graves impresiones, el sentimiento de profunda poesía que hubo de despertarse en los primeros hombres que contemplaron el bello espectáculo de la luna en el ancho y claro firmamento, dicen los autores que explican la mitología por el panteismo cosmogónico, hubieron de expresarse por medio del tipo de una vírgen divina de noble y severa belleza, arrogante y altiva, que excede en estatura á sus ninfas y á todas las eclipsa, así como el astro de la noche ofusca con su luz radiante las estrellas que forman su cortejo. De esa contemplacion pasarían los Griegos á observar el influjo que la luna ejerce al parecer sobre la tierra, teatro de los trabajos del hombre y dominio de su actividad; á favor de su luz y al sosegado impulso de sus rayos, recréase en la frescura de la noche la vegetacion abrasada por el calor del

dia, adquiere nueva vida y nuevo crecimiento, y así fué como se atribuyó á Artemis la caída del nocturno relente y de las lluvias que con frecuencia acompañan la renovacion de sus fases. Artemis fué, pues, en ciertas ocasiones una divinidad del húmedo elemento; con el apellido de *Potamia* honrósela junto á las fuentes, los rios y los lagos, cuyas aguas eran espejo de su semblante virginal. Y este influjo de la luna, benéfico para la vegetacion y el cultivo, era extensivo á los animales, cuya multiplicacion favorecía. ¡Feliz el labrador á quien Artemis miraba propicia! Cubríanse sus campos de espigas, aumentaban sus ganados, prosperaba su hacienda, al paso que los perseguidos por la ira de la diosa veían sus rebaños diezmados por la peste, sus campos devastados por el granizo y sus mujeres heridas de muerte en el momento del parto. El hombre, pues, al par de la tierra y los animales, creíase sujeto á la accion benéfica ó funesta de Artemis. Las flechas de la diosa, como las de Apolo, eran mensajeras de muerte; con ellas ayudó á su hermano en la matanza de los hijos de Níobe, y con sus tiros atravesó al gigante Tityos que había ultrajado á Latona. Los gigantes Efialtes y Otos, conocidos con el nombre de *Aloades* ó *Aloides*, que quisieron hacerle violencia, hallaron en su atrevimiento la muerte: Diana tomó la forma de una cierva y se lanzó entre ámbos; los Aloides, al querer herir á la res, clavároнse mútuamente sus venablos.

La bella Chioné, hija del temido guerrero Dedalion, que, envanecida, se atrevió á creer su hermosura superior á la de Diana, en cuanto enamorara á Mercurio y á Apolo, recibió con un flechazo la muerte. Poseído su padre de desesperacion, quiso acabar su vida precipitándose de la cima del Parnaso; «pero Apolo, compadecido de su infortunio, lo convirtió en ave, y sosteniéndole en el aire dióle al par que alas, corvo pico y recias garras. Gavilan desde aquel dia conserva su antiguo valor, y su fuerza es superior á su pequeño cuerpo; cruel para con todos los pájaros á ninguno perdona, y entre todos difunde el dolor que á él le destroza.» (Ovidio).

Las rápidas y certeras flechas de Diana eran las que herían á las mujeres de súbita muerte; Artemis *Lochia*, divinidad de los partos, ejercía suprema influencia en la existencia humana, supersticiones todas que tenían su raíz en la opinion muy generalizada en la antigüedad, lo mismo que en edades posteriores, que atribuía á la luna maravilloso poder y secreto influjo en toda la naturaleza.

Semejante creencia reconocía su orígen en los campos y cortijos donde se profesaba á la diosa especial veneracion, ya que considerada en su carácter esencial y más antiguo era Artemis una divinidad de la naturaleza agreste. En la Arcadia, la más quebrada region de Grecia, tenía su residencia predilecta, y los enriscados montes, las profundas hondonadas, los impetuosos torrentes y tranquilos lagos de aquella poética comarca, ostentaban repetidas muestras de su culto. Era allí Artemis la divinidad nacional y la reina de selvas y montañas, é invocábanla con respeto y terror los viajeros que atravesaban aquellos espantosos desiertos. La luz de la luna guia al cazador en sus expediciones nocturnas; ilumina los sombríos antros de las fieras, enemigas y temerosas de su claridad, y por esto teníase á Artemis por diosa protectora de los viandantes en los peligrosos senderos del monte, y tambien por compañera de los cazadores á quienes ayudaba en el ojeo y alcance de la caza. Ejercicio era este que formaba el atributo dominante de la Artemis helénica; Homero la representa ágil é impetuosa corriendo montes y valles desde las cumbres del Taygeta á las del Erymanto, escoltada por sus ninfas (sesenta Oceánidas y veinte Asias) y precedida por ardiente jauría, en persecucion del rápido ciervo ó del agreste jabalí.

«En las umbrosas montañas, dice el homérico himno, en las elevadas mesetas barridas por los vientos, la diosa, respirando la alegría de la caza, arma el dorado arco y dispara sus mortales flechas. Tiemblan las cumbres de los altos montes y resuena la intrincada selva con el estrépito de las cazadoras y los rugidos de las fieras; tierra y mar se estremecen miéntras la diosa de corazon impávido corre aquí y allí para destruir la ralea de los animales feroces.» A ella, á la diosa *Agrotera* invocaba el cazador en el acto de partir, jurando acatar su voluntad; los reglamentos referentes á la caza estaban bajo su patrocinio, y nadie habría osado dar muerte á las crías por estarle especialmente consagradas y ser consideradas como propiedad suya.

No todo en la divina existencia de Artemis era la persecucion de fieras por montes y llanuras; al ejercicio de la caza sucedían para ella ocupaciones ménos violentas. «Una vez satisfecho el corazon de la cazadora, dice el poeta, desarma el flexible arco y llega al vasto alcázar de su hermano Febo-Apolo, en el rico país de Delfos, para formar allí el risueño coro de las Musas y las Gracias. Deja entónces arco y flechas, y adornada con graciosa vestimenta, pónese á la cabeza de los coros que con voz divina celebran á la gentil Latona y cantan el nacimiento de sus hijos, quienes se distinguen entre los inmortales por sus pensamientos y acciones.» En este concepto era Artemis honrada con el nombre de *Hymnia* diosa del canto, atribucion musical que la acerca y asimila á su hermano Apolo.

El carácter lunar que fué en un principio el de Artemis y que jamas perdió por completo, preséntase más señalado y distinto en Hecate, divinidad que tenía estrecho parentesco con Artemis, de la cual se distingue, sin embargo, por el orígen y la naturaleza de su culto. Así como el tipo virginal de la celeste cazadora con las ideas de gracia y gentileza de que iba acompañada nacieron en la risueña fantasía de los moradores de la Grecia propiamente dicha, Hecate pertenece á las religiones profesadas por los agrestes pueblos del Septentrion, religiones impregnadas de tristeza y de exaltacion fanática y sombría. *Beudis* era el nombre tracio de Hecate, lúgubre diosa á la cual rendíase adoracion en profundas cavernas, siendo entre ellas famosa la de Zerinthos en la isla de Samotracia por el favor en que estuvieron los misterios que allí se celebraban. Tambien en el Pireo tuvo en la época de Pericles un templo renombrado, y en él la honraban los Tracios que residían en Atica. Las emigraciones procedentes del Norte llevaron su culto á Beocia, y de allí se difundió por todas las regiones de Grecia, por más que esta divinidad extranjera no ocupó jamas lugar bien determinado en el sistema de la religion griega, como lo prueba la incertidumbre en que está envuelta su genealogía. Adoptada, empero, por la secta de Orfeo, fué colocada en muy alto lugar en su teogonía, y así lo atestigua el himno á Hecate que inserto en la obra atribuída á Hesiodo, es á todas luces una interpolacion órfica. Segun él, forman el dominio de Hecate la tierra, el mar y el cielo estrellado, y su inmenso poderío se extiende á todas las categorías y funciones de la vida humana.

Segun la genealogía inventada para hacer entrar á Hecate en el cielo de las divinidades griegas, era nacida de la union de Asteria ó de la Noche con el titan Persés, divinidad luminosa. Hecate significa la que brilla en lontananza en las profundidades del cielo, ó bien la que envía á lo léjos su claridad, como Helios; astro sin rival de la noche es hija única de las dos potestades que la engendraron: las tinieblas y la luz. Y que era una diosa lunar manifestábalo asimismo el culto que se le rendía: llegada la noche del postrer dia del mes, al concluir la luna antigua y comenzar la nueva, depositábanse en sus altares y al pié de sus imágenes los manjares destinados á alimentar su cuerpo divino y contribuir á su misterioso crecimiento. Huevos y cachorros constituían la parte esencial del *festin de Hecate*, en el que se recreaban los indigentes y los cínicos. El animal consagrado á Hecate, la única víctima que podía sacrificársele era el perro, por decirse de él que ladra á la luna. Otro indicio de la naturaleza lunar de esta diosa es la forma en que la concibiera la imaginacion artística de los Griegos; para éstos la triple Hecate, *Triformis*, era representada por el escultor Alcameno por medio de tres mujeres unidas: lleva la primera en la cabeza la media luna y una antorcha en cada mano; usa la segunda gorro frigio, es su frente radiante, y sostiene un cuchillo y una serpiente, y la tercera, en fin, tiene por atributos cuerdas y llaves. Autores hay que ven en esta representacion triforme el influjo que segun opinion comun ejercía la luna en las tres grandes épocas de la vida del hombre: el nacimiento, la vida y la muerte, pero segun los más, es únicamente símbolo de las tres fases de la luna. En varios monumentos es representada con tres cabezas de distintos animales: de caballo, de perro y de jabalí.

Decía la fábula que Hecate fué la primera en apercibirse del rapto de Proserpina, y que corrió en su busca á la luz de sus antorchas. En la guerra de los Gigantes

Fig. 115. — La triple Hecate.

peleó, aunque hija de Titan, en defensa de Júpiter, y con la llama de aquellas dió muerte al gigante Clicio. En la representacion de esta escena, aparece como enteramente distinta de Diana. Y seguía contando la teogonía, que Hecate, favorecida con el amor de Júpiter, incurrió en el enojo de Juno hasta el punto de que, para evitar su resentimiento, hubo de cubrirse con una mortaja, lo cual la hizo impura. Por órden de Júpiter purificáronla los dioses infernales en el Acheronte, y desde entónces Hecate pasó á ser una divinidad del Tártaro.

En efecto, por más que Hecate fuese como Artemis personificacion de la luna, su divinidad despertaba en las almas supersticiosas impresiones muy distintas de las que inspiraba la hermana del brillante Apolo. No era el astro claro y transparente que ilumina las serenas noches de Grecia, sino la luna velada con pardos vapores, de siniestra y opaca claridad, que de cuando en cuando asoma, por entre las nubes que la envuelven, la enrojecida faz para espanto de los hombres. Era viajera deidad que reinaba durante la noche como soberana en las veredas, en las calles de las ciudades, en las encrucijadas, en todos los puntos en que se dividía el camino en tres direcciones distintas. El caminante extraviado en las tinieblas imploraba tembloroso la proteccion de Hecate; en la entrada de las ciudades, cuando la incierta luz de pálida luna, al bañar los sepulcros alineados á ambos lados de la via, comunicaba fantástica forma á los objetos, creíase oir, con estremecimientos de terror, el zumbido de alados espíritus que abandonaban su tenebrosa mansion para recrearse en aquella claridad; y de ahí, como consecuencia de esas siniestras impresiones y de esos terrores, que fuese mirada Hecate como la diosa de los espectros y evocaciones infernales. En relacion íntima con el mundo inferior, fué compañera de Proserpina y á

veces se la confundió con ella; presidió la magia y sus operaciones, y á la luz de Hecate, entre los aullidos de los perros que le eran inmolados, pronunciaban las hechiceras sus conjuros y fórmulas de encantamento, ora para

Fig. 116. — Diana y Hecate combatiendo con los gigantes. (Bajo-relieve antiguo).

llamar las almas de los muertos á la superficie de la tierra, ora para esclavizar al amor el corazon de los vivos, ora, en fin, para hacer que la misma luna descendiera del cielo. «Ven, infernal, terrestre y celeste Hecate, decían, diosa de los trivios, guardadora de la luz, reina de la noche, enemiga del sol, amiga y compañera de las tinieblas; tú que te alegras con el aullido de los perros y con la sangre derramada, y andas errante en la oscuridad cerca de los sepulcros, sedienta de sangre, terror de los mortales, Gorgon, Mormon, Bombon, luna de mil formas, ampara mi sacrificio.» (Orígenes). Horribles, extrañas y groseras supersticiones, como tantas otras del paganismo que hubieron de ejercer dominante influjo en el comun de la gente, ya que fué Hecate divinidad predilecta de las mujeres y del vulgo en general, que por aficion á lo maravilloso, se precipitaban con afan á practicar el lúgubre culto á la diosa consagrado.

Segun ciertos autores, el nombre de Hecate se deriva del que en griego significa ciento, ya porque algunos pueblos le sacrificaban cien víctimas, ya porque esta divinidad detenía en las riberas de la Estigia por espacio de cien años aquellas almas cuyos cuerpos habían quedado insepultos.

En la isla de Creta habíase confundido Artemis con con una divinidad local á ella parecida por alguno de sus atributos; tenía por nombre Britomartis, la *tierna vírgen*, y era protectora de marinos y pescadores, quienes la saludaban con el nombre de *Dictynna*, divinidad de las redes. Su leyenda cretense sería sin duda transformada por la griega fantasía al ser Britomartis asimilada á la divinidad helénica. Segun ella fué una vírgen muy parecida á Artemis, que, como ésta, se complacía en correr por montes y valles y en hacer blanco de sus flechas á los animales fieros. Su arrogante gentileza enamoró al rey Minos, corrió tras ella loco de amor, é iba ya á alcanzarla, cuando la vírgen sin vacilar arrojóse de lo alto de una peña al mar cayendo en las redes de un pescador. De ahí su nombre de Dictynna. Recogida por Artemis alcanza de ella la recompensa de su pureza inmaculada y recibe la categoría divina; desde entónces recorre los mares durante la noche, y se aparece á los moradores de las islas y las costas. Era esta deidad la Artemis lunar de las poblaciones marítimas; su culto, nacido en Creta, se difundió por las riberas del Mediterráneo, desde el Archipiélago hasta Marsella y las colonias griegas de las playas españolas.

Igual confusion se estableció entre la Artemis helénica y la diosa lunar de Taurida, en cuyos altares corría abundante la sangre de víctimas humanas. Segun la tradicion griega, conservada por Eurípides, cuantos náufragos arrojaba el mar á las playas de Taurida (hoy Crimea) salvados milagrosamente de la muerte, habían de ser sacrificados á la implacable diosa. Ifigenia y Orestes, cuya leyenda referirémos en lugar más oportuno, llevaron consigo su imágen, y llegando al Ática depositáronla en el santuario de Brauron. La diosa de Taurida, convertida en Artemis *Brauronía* ó *Tauropolos* fué honrada en varios puntos de Grecia, especialmente en Esparta, donde por mucho tiempo conservó su culto su cruel y primitivo carácter. El buey era su símbolo; y en algunos monumentos es representada en un carro tirado por dos bueyes.

El centro principal de la religion de Diana, en Ásia Menor, era la ciudad de Éfeso; colocada en los confines que separaban á los pueblos griegos de las razas asiáticas, era allí aquella deidad objeto famoso de adoraciones. La importancia de su culto, servido por gran número de sacerdotes y sacerdotisas, atraía numeroso concurso de devotos asiáticos y extranjeros al templo que en aquella ciudad se le levantara, y que adornado con todas las magnificencias de la arquitectura, de la estatuaria y la pintura, era considerado como una de las siete maravillas del mundo. Su construccion había durado siglos contribuyendo á ella el oro de toda el Ásia; para preservarlo de los terremotos fué elevado en terreno pantanoso fundando los cimientos sobre capas de carbon triturado y vellones; era su longitud de 425 piés por 240 de anchura, y estaba la nave sostenida por 127 columnas, regalos de otros tantos reyes, altas de 70 piés, todas ellas ornadas con esculturas. Ctesiphon se llamaba el arquitecto que trazó el plan del portentoso edificio. Contenía el templo inmensas riquezas, ofrenda de soberanos y pueblos, pero todo desapareció en una noche, la del dia 6 de

junio, la misma del nacimiento de Alejandro Magno. Erostrato, deseoso de inmortalizarse, lo entregó á las llamas, y en efecto, su nombre oscuro, por más que se prohibió pronunciarlo para que no consiguiera su intento, ha atravesado los siglos y ha llegado hasta nosotros. Poco tiempo despues fué reconstruido el santuario con igual ó mayor esplendidez que el primero, y duró hasta la época de Constantino.

Pero aquella venerada diosa, á la cual los colonos griegos de las costas jónicas confundieron con Artemis, no era la cazadora helénica; más bien que una vírgen era una madre ó mejor una nodriza, cuyo seno estaba cubierto de innumerables pechos; su accion fecundante se

Fig. 117. — Diana de Éfeso. (Estatua antigua).

extendía á cuantas formas toma la vida en la superficie terrestre, á la vegetacion y á los animales, y era símbolo perfecto del dios-mundo oriental, de la materia independiente del espíritu, ciega y poderosa, desprovista de inteligencia y sin embargo creadora. Alrededor de su cuerpo, que se presentaba en forma de momia, veíanse cabezas de ciervos, toros y otros animales. Su religion tenía un carácter de exaltado y lúgubre entusiasmo, y de ahí las mutilaciones de los eunucos consagrados á su culto y las danzas guerreras que en su honor se celebraban. A centenares se contaban las familias que vivían alrededor del concurrido templo fabricando y vendiendo pequeñas estatuas de oro y plata de la temida diosa, y dice la historia que cuando san Pablo llegó á predicar ante aquella grosera alegoría oriental el Dios Crucificado, fué lanzado de allí con violencia á los gritos de: «¡Viva la gran Diana de Éfeso!» y su culto se extendió arrollando, por decirlo así, el de la casta Diana, el de la vírgen cazadora, por todas las regiones mediterráneas á donde llegó la colonizacion griega. Los Massaliotas tuviéronla por divinidad protectora, y en Hemeroscopio, (lugar desde donde se observa el dia), ciudad fócea fundada más allá del Júcar, en el sitio donde está hoy situada Denia, elevósele magnífico templo, muy concurrido y venerado en todas las comarcas meridionales.

Suponíase que el culto de la Diana Efesina había sido instituido por las Amazonas, á las cuales atribuían los Griegos existencia histórica, diciendo de ellas ser un pueblo de mujeres guerreras establecido en las riberas del Termodonte, cerca de Trebisonda. Era tradicional que las Amazonas, despues de subyugar sucesivamente los Atlantes, los Númidas, los Etiopios y otras naciones de África, habían recorrido varias partes del mundo. Sólo un pueblo las detuvo en su marcha triunfadora, y fué otro pueblo de mujeres guerreras, por nombre las Gorgonas, hasta que, habiéndose dado muchos y reñidos combates, las Amazonas acabaron por ser vencedoras y por exterminar á sus rivales. Decíase que fueron fundadoras de grandes ciudades, entre otras de la de Quersoneso, en las riberas del lago Tritonis, y añadía la tradicion que luego de guerrear durante cierto tiempo, se casaban,

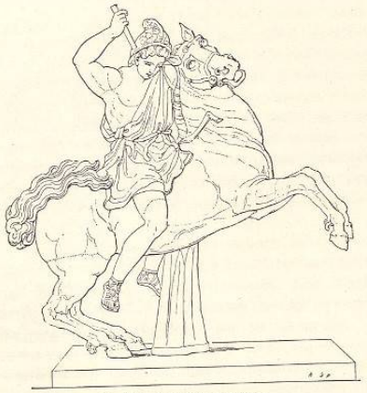

Fig. 118. — Amazona peleando.

siendo ellas las que ocupaban las magistraturas y demas cargos públicos. Los hombres vivían ocupados en los domésticos quehaceres y en el cuidado de la prole [1].

[1] Aquel heróico pueblo mujeril habrá dejado herederas que se han descubierto ahora poco, en este mismo siglo XIX, á juzgar por un libro titulado *La emancipacion de la mujer*, aguda nota de la estrepitosa cencerrada con que ensordecen los oídos de Europa comunistas, socialistas, nihilistas, etc., al sacar á luz sus estupendos y sangrientos delirios. Dice así la flamante amazona, no de las riberas del Termodonte, sino de las brumas germánicas:

«Un dia vendrá, dice, en que la mujer se cansará de manejar la aguja y la espumadera, y arrojará léjos de sí con desprecio esos ridículos símbolos de su debilidad; un dia en que se cansará de oir esas eternas frases con que es engañada desde el principio del mundo, y dejará de obedecer á ese déspota llamado *hombre;* un dia en que exigirá que se la obedezca, porque él es inferior á *ella* en talento; un dia en que penetrará en el templo de los hombres, ocupará sus cátedras y predicará un nuevo Evangelio; la buena nueva de la *masculinizacion* de la mujer.

»La mujer ese dia ocupará el sitio del hombre; desempeñará las funciones que el hombre la ha arrebatado abusando de su fuerza física; y entónces el tirano caido no tendrá más remedio que empuñar la aguja y la espumadera.

Como testimonio de esfuerzo y valor aparecen representadas las Amazonas en sarcófagos de ilustres guerreros; sus armas son el hacha, el venablo, el arco, la lanza y el escudo. Una falsa explicacion de su nombre había hecho creer que se mutilaban el pecho á fin de que el de la derecha no las estorbara en el manejo del arco; en el dia, empero, es opinion admitida entre los eruditos que la partícula que precede á su nombre griego, hubo de tener valor aumentativo, de manera que en su orígen serían las Amazonas mujeres de muchos y robustos pechos, lo cual explica la íntima relacion que estableció la antigüedad entre ellas y la Artemis de Éfeso.

Las Amazonas, cuya leyenda es de las más oscuras y complicadas, intervienen en casi todas las tradiciones nacionales de Grecia, y como verémos á su tiempo, entran en lucha con Hércules, con Teseo y con otros héroes de la leyenda reputados por potestades de la luz favorables todas al hombre. En la guerra de Troya véselas parecer por última vez; acérrimas enemigas de los griegos fueron por ellos constantemente vencidas á pesar del indomable valor que desplegaron. Entre las tradiciones heróicas de los pueblos helénicos ninguna inspiraba á éstos tanto envanecimiento como su lucha contra las Amazonas. Éstas, para vengar sus agravios, habían llegado en son de guerra hasta los muros de Atenas; empeñóse allí fiera batalla que concluyó con la victoria de los Atenienses, pereciendo la mayor parte de las Amazonas ántes de poder llegar otra vez á sus hogares. Atenas y Megara

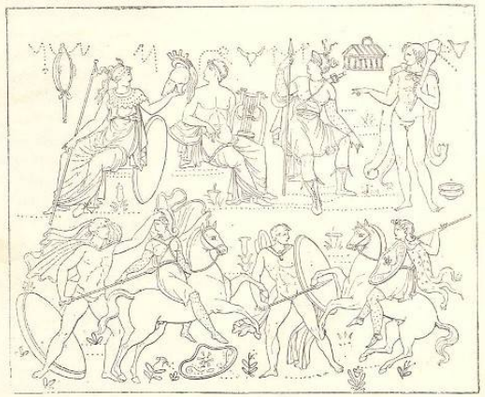

FIG. 119.—Los Griegos y las Amazonas.

mostraban con orgullo el sepulcro de sus reinas junto al de los héroes vencedores, y aquellos gloriosos combates fueron con profusion esculpidos en los frisos de sus templos. En la pintura de un vaso que ha llegado hasta nuestra época, se representa el propio asunto; en la parte superior está Hércules deificado en compañía de Minerva, Apolo y Diana, protectora esta última de las Amazonas, union de dioses y de cultos que se ha interpretado como expresion de la que formaron, despues de prolongada lucha, los colonos jónicos y los indígenas asiáticos, primeros adoradores de la Artemis de Éfeso.

Por el mismo carácter de potente fecundidad á ésta atribuido era conocida la diosa adorada en Perga de Pamfilia, cuyas imágenes ofrecen gran analogía con las de la Diana efesina. Tambien lo poseía otra divinidad por nombre Anaítis, cuyo culto originario de Persia se había extendido por Armenia, Capadocia y el Ponto; diosa del cielo y de las aguas fecundantes mantenía en la tierra la vida animal y vegetativa. Una y otra deidad confundiéronse con la Artemis helénica, y llevaron respectivamente los nombres de *Artemis de Perga* y *Artemis pérsica*.

En los primeros tiempos de Roma, ántes de ser adorada junto á Apolo como la Artemis griega, fué Diana una antigua diosa nacional de Italia, compañera de Jano, y se llamó Iana, nombre que unido á Dea, formó por contraccion el de Diana. A juzgar por los primitivos monumentos de Roma, fué Diana una divinidad de la bóveda celeste, la diosa de la luna; en varios puntos del país latino le estaban consagrados bosques, siendo entre todos famoso el de Aricia, en las riberas del lago de

»Al paso que *masculinizarémos* á la mujer afeminarémos al hombre. Cuidará la casa y se ocupará de su prendido, miéntras que la mujer le pagará la cuenta del sastre. Como compensacion de su abdicacion, tendrá el hombre el puesto de preferencia en el lecho y en la mesa, miéntras que la mujer irá á la Cámara y á la Bolsa y defenderá á la patria con las armas en la mano.»

Nemi, al cual debió Diana el nombre de Nemorensis. Al mismo tiempo que á la diosa, rendíase culto en la sagrada selva á un dios negro llamado Virbio, cuya imágen, á juzgar por una estatua encontrada en los alrededores de Aricia, asemejábase á la de Diana cazadora. Sería indudablemente un Genio de los bosques y la caza, y de él decía la tradicion haber sido el más antiguo sacerdote de Diana, el primer *Rex Nemorensis*, á quien se debía el culto allí instituido. Y únicamente por la efusion de sangre podía ascenderse á aquella dignidad; el que tal cargo pretendía, despues de cortar en el sagrado bosque la rama de antemano designada, era preciso que diera muerte en combate singular al sacerdote que lo poseía. Andando el tiempo, abandonóse este cargo á los esclavos fugitivos, quienes, de sonreirles la victoria, tenían medio de evitar la persecucion y gozar de libertad, hasta que otro se presentaba á disputarles el puesto con las armas en la mano.

Este uso singular es el único que en su culto ofrece caractéres de crueldad y dureza; la Diana de los Latinos era una divinidad bienhechora á cuya proteccion recurrían las mujeres en los dolores del parto, y sin duda por esto se la confundía alguna vez con la ninfa Egeria, deidad de las fuentes, del nacimiento y de la salud. Acaecida la destruccion de Alba y teniendo Roma el primer lugar en la confederacion latina, á su cuidado quedó la direccion del culto en la sagrada selva, y puede decirse que desde aquel dia creció en importancia y esplendor. En su fiesta anual que se celebraba en lo más caluroso del estío, en los idus de agosto, verificábanse carreras con antorchas. Y no sólo las mujeres en las angustias de la maternidad invocaban á la Diana de Aricia y le consagraban ofrendas; tambien entre los hombres gozaba de gran favor, considerándola ya como amparo de la grata paz de la familia, ya como diosa de la caza y de los bosques.

No era ménos famoso en toda Italia el templo de Diana en la cumbre del monte Tifata, situado á poca distancia de Capua, en el propio lugar que ocupa actualmente la iglesia de San-Angelo. La diosa en el venerada éralo igualmente de la caza, de las mujeres y de la felicidad conyugal; Sila la puso en gran predicamento é hizo en su templo magníficas reformas.

En las colinas de Roma eran varios los santuarios y bosques consagrados á Diana: en el Vicus Patricius, entre los montes Viminal y Esquilino, había uno cuyo ingreso estaba prohibido á los hombres; pero el de más fama y mayor importancia era el del monte Aventino fundado por Servio Tulio, no ya templo exclusivo de Roma, sino santuario del Lacio, lo cual explica cómo aquel monte estuvo por tan largo tiempo fuera de Roma y pudo servir de refugio al pueblo en las civiles discordias. Dionisio de Halicarnaso tuvo aún á la vista el acta de la dedicacion del templo que, construido á expensas comunes por los miembros de la confederacion, era considerado casi como una institucion política, haciéndose en él los sacrificios para Roma y para el Lacio. Fué este templo de los primeros que en aquella ciudad se construyeron á imitacion de los Griegos, y la Diana que en él se veneraba era la Artemis efesina, diosa, como acabamos de ver, de la confederacion jónica del Asia Menor. Su imágen de madera era reproduccion exacta de la Artemis de Massalia, y teníase por la más antigua de Roma. En el vestíbulo del templo viéronse durante varias generaciones un par de cuernos clavados en la pared; decíase que habían pertenecido á una vaca nacida en Sabinia de belleza tal que fué prometida la hegemonía al Estado cuyos ciudadanos la sacrificasen á Diana.

Con esos elementos itálicos y griegos del Ásia Menor combinóse muy en breve en Roma el culto de la Artemis helénica, y no cabe duda en que esta diosa tuvo parte en el lectisternium del año 399 ántes de J. C. Fundado el templo de Apolo Palatino, fué invocada junto con su hermano con el nombre de Diana Victrix; como Lucina, esto es, como divinidad de los partos, recibió especiales adoraciones, y en este sentido preside á la renovacion y conservacion del linaje humano. Cátulo y Horacio ven en ella una diosa de la naturaleza de los bosques y montañas, de las fuentes y los lagos, en los cuales se baña, y por fin, identificándola con Hecate, la celebran como la gran deidad de la noche y de las nocturnas apariciones. Diana, como su hermano Apolo, tenía numerosos oráculos; los más renombrados eran los de Egipto, Cilicia y Éfeso.

Muchas eran las fiestas que en honor de la diosa se celebraban en las varias regiones donde, con las diferencias explicadas, era su religion conocida. Las llamadas Artemisias verificábanse en muchas ciudades de Grecia, distinguiéndose las de Delfos por su solemnidad, sus juegos y sus banquetes. Las que se celebraban en Atenas durante el mes Targelion, iban acompañadas de licenciosas escenas. Las *Brauronias* tenían efecto cada cinco años; sacrificábase á Artemis táurica un macho cabrío ó una cabra, miéntras un coro de hombres cantaba un libro de los poemas de Homero. Grupos de niñas de cinco á diez años vestidas de amarillo se consagraban á la diosa, y en memoria de anteriores sacrificios heríase ligeramente en la cabeza á una víctima humana, de modo que saliesen algunas gotas de sangre. Una ley de Atenas prohibía el casamiento á las jóvenes que no hubiesen sido en su niñez consagradas á Artemis en las fiestas *Brauronias*, y esto en cumplimiento de antiguo mandato del oráculo que así lo prescribió para librar á la ciudad de la peste que la afligía desde que algunos ciudadanos dieron muerte á un oso á la divinidad consagrado. A Artemis Brauronia dedicaba tambien Esparta magníficas fiestas; en ellas eran las criaturas cruelmente azotadas en el mismo altar de la diosa; las madres, allí presentes, exhortaban á las tiernas víctimas á contener el llanto y á mostrar sobrenatural firmeza. Sucedía á veces que alguno de aquellos inocentes sucumbía al dolor; entónces se le

coronaba de flores y se le hacía suntuoso entierro. A Licurgo se atribuía la institucion de la bárbara ceremonia para reemplazar á la más bárbara aún que derramaba en aquel altar la sangre de víctimas humanas. En Patras festejábase á Artemis cazadora; el primer día de la fiesta verificábanse solemnes procesiones; llegado el segundo formábase inmensa pira en la que se amontonaban en confusion frutos de la tierra, aves y cuadrúpedos, entre ellos leones, osos y otras fieras; y como esos animales eran quemados vivos, habíanse dado ejemplos de que, rotas por el fuego sus ataduras, habíanse precipitado contra los asistentes. Sin embargo, supersticiosas tradiciones aseguraban no poder ocurrir accidente alguno á cuantos con religiosidad presenciaran la expiatoria ceremonia.

En Roma la fiesta federal con que era conmemorado el aniversario de la consagracion del templo en el Aventino, coincidía con las grandes ferias á que acudían mercaderes de todos los pueblos latinos. Celebrábanse en los idus agosto como las de Asiria, y en ellas tomaban gran parte los esclavos en honor del rey Servio su patron. Es de observar que en toda Italia estuvieron los esclavos fugitivos en particular relacion con Diana, pues ademas de lo que ántes hemos dicho acerca del Rex Nemorensis, eran para ellos asilo los bosques consagrados á la diosa. Era costumbre en tal fiesta que las mujeres romanas se lavasen la cabeza y la cabellera. Pero la parte más interesante de ella, la que más despertaba el entusiasmo popular y atraía apiñada concurrencia, eran las cacerías que, á contar desde los últimos años de la degenerada república, alternaron con los combates de gladiadores para diversion del pueblo y honra de Diana cazadora. Dábase el espectáculo en la ensangrentada arena del Coliseo, y en él eran agotadas cuantas variedades pueden introducirse en la lucha de las fieras entre sí y de las fieras con el hombre, aumentando el interes á proporcion que la vida humana estaba en más inminente peligro. Empezábase la fiesta con fieras lanzadas y excitadas contra otras fieras; sacábanse luego los reos condenados á perecer á las garras de los monstruos africanos, y en seguida comenzaba la verdadera caza, ó mejor el terrible combate en que el leon, el tigre, el toro eran perseguidos y atacados por el confector, á pié unas veces, á caballo otras, yendo armado ó desarmado, siendo esclavo ú hombre libre, patricio romano ó prisionero bárbaro, segun lo hubiesen dispuesto los ordenadores de la funcion. Pompeyo presentó en la arena seiscientos leones; Augusto, cuatrocientas y veinte panteras; un dia quinientos Gétulos combatieron contra veinte elefantes; y cuentan los autores que aquel dia, en el recinto donde yacían en horrible confusion muchos cadáveres de hombres y animales, en la arena á cuyo alrededor soldados armados con látigos rechazaban, en caso necesario, á las fieras y á los confectores que huían del combate, en aquel ambiente impregnado de sangre, elevóse un grito de lástima y perdon... en favor de los elefantes, á algunos de los cuales habían logrado los Gétulos arrollar y acuchillar!

Si, conforme hemos explicado, confundiéronse en la

Fig. 120. — El ciervo, atributo de Diana. (De una medalla antigua)

religion y en el culto divinidades muy diferentes bajo el nombre comun de Artemis ó Diana, no es posible error acerca del carácter peculiar de la diosa nacional helénica, cuyo tipo, tal como la fijó la estatuaria, difiere sensiblemente del de las deidades asiáticas que le fueron identificadas. La Artemis dórica se concibió siempre como una vírgen cazadora, por lo regular acompañada de un

Fig. 121.—Diana precediendo á la Aurora. (Pintura de un jarro).

perro ó de un cervatillo, este último su atributo y su animal predilecto. Los artistas la representaron en las diversas actitudes y lances de aquel ejercicio: ora sacando una flecha del carcaj, ora enviando con ella la muerte, ora, en fin, con el arco desarmado y colocado á la espalda, respirando el afable y sereno semblante de la diosa la apacibilidad de los sentimientos que la animan. Es entónces Artemis *Soteira*, y tiene por atributo la lira, símbolo de paz y armonía, que la asemeja á su hermano Apolo. Su carácter de diosa lunar es indicado por la media luna y las estrellas que adornan su frente ó por la antorcha que lleva en la mano, en cuyo caso es conocida

con el nombre de Diana *Lucifer*. En un monumento antiguo es representada precediendo á la Aurora.

El tipo arcáico de Artemis es el de una vírgen de severo rostro y de robustas formas cubiertas con larga y holgada vestidura; Scopas y Praxiteles lo modificaron imprimiéndole mayor gracia y gentileza, y la vistieron con la corta túnica dórica, más adecuada á su ocupacion favorita. El renacimiento pagano, cuyas tendencias en artes como en otras muchas cosas, fueron aún más falsas que las del mismo paganismo, incurrió en la fea impropiedad de presentar á Diana completamente desnuda en actitud de correr y cazar. Por lo ménos el escultor Juan Goujon la representó en reposo en la conocida estatua que se dice ser retrato de la famosa Diana de Poitiers.